Hoja Obrera

ORGANO DE LA "SOCIEDAD DE TRABAJADORES"
Y DEFENSORA DE LOS DERECHOS DEL PUEBLO

Sale los domingos | San José, Costa Rica, domingo 21 de noviembre de 1909. | Año I—No. 6

EDITORES:
J. Elías Hernández
José Mª Jiménez
ADMINISTRADOR,
Gregorio Soto Q.

Oficina: Avenida Central, casa de don Rafael Acuña, Cuesta de Moras.
Suscrición mensual ..... ₡ 0-25
Avisos, precio convencional.
Dirijase la correspondencia al apartado 270.

Cosas baladíes

II

DEFENSA DE PEDRO GORI

(Arreglada y reproducida sin intención)

Yo tengo vivísimo empeño en declarar lo siguiente: que si profesar nobles ideas, si denunciar las iniquidades sociales, si analizar las mentiras de una mal llamada civilización, si combatir toda forma de tiranía y explotación, si tener los ojos fijos en un porvenir incorruptible y llevar á las multitudes de míseros y oprimidos la buena nueva de la libertad y de la justicia, si todo eso es delito, yo soy culpable de todas esas cosas. Y si vuestras leyes o lo consienten, permitidme que me ponga al lado del honrado malhechor que acusáis.

Este es el proceso de las intenciones.

Se ha intentado llenar de oprobios á uno que piensa y porque piensa; y lo han intentado los que pretenden defender la libertad de pensar. Esa libertad es una de tantas mentiras convencionales sobre las cuales se basa la caduca y bamboleante organización social.

El pensamiento humano no tiene necesidad de la concesión que parece le hacen los que pretenden esa libertad entre las impenetrables paredes del cráneo. En el secreto de todo organismo pensante, aquél ejercita los derechos imprescriptibles de un soberano que para nada necesita de prepotentes inquisidores, ni de periodistas sospechosos, ni de torpes policías.

Propagar y defender el pensamiento: eso es lo que debe consentirse, lo que debe garantizarse, lo que debe hacerse.

Lo demás es política. ¿Acaso por política debe entenderse solo el arte mezquino de hacer y deshacer ministerios? Sólo que toda cuestión política, en los modernos tiempos, es cuestión esencialmente social.

Los intelectos agudos y los espíritus sedientos de idealidad elevada y humana tienden á la grande obra de renovación, á través de las perennes comprobaciones de la injusticia económica que hiere á los trabajadores, los cuales son—por más que decirlo le parezca injusto é inconveniente á los defensores de oficio de las otras clases—los únicos productores de toda la riqueza social.

Pero los sostenedores que todavía les salen á las leyes de siglos pasados, quieren que esta obra de crítica y de reconstrucción ideal sea solamente privilegio y monopolio de las empresas que los sostienen y de los filósofos de sus simpatías, y les pone nerviosos que un obrero, que un trabajador, que uno de esos que son los interesados en esta elevada cuestión (que es hoy problema esencialmente obrero) se preocupe y se ocupe con amor de estas ideas, de estos debates, de estas aspiraciones.

El obrero ideal del indecoroso insultador y explotador de obreros, y de los que como él piensan, debe ser el pacífico rumiante, sin sensaciones y sin emociones, que se deja trasquilar tranquilamente por el que tuvo la astucia de proveerse de un persuasivo bastón y de un par de tijeras.

Por eso estais en pugna con ese trabajador, con ese de los que viven en ruda y perpetua lucha con la fatiga y con la miseria diarias (una y otra herencia dolorosa del pueblo) que levanta la frente y protesta contra la clase de los que se aprovechan de las fuerzas y de la vida de los obreros sin contracambiarlas con adecuada compensación; que aspira á un porvenir de libertad y de bienestar para todos; que proclama para los trabajadores el derecho de cobrar el justo precio del gran banquete social al que el esfuerzo mancomunado de todos los que trabajan aporta tesoros de vajillas y exquisiteces de manjares; que afirma que el único vínculo que envuelve la perseguida falange de los nuevos catecúmenos es el trabajo, convertido hoy en estigma de inferioridad social, y que será mañana el único blasón de nobleza; y que mientras brama en torno la marea de las pasiones egoistas y viles, despliega valerosa nente al viento una bandera y serenamente arrostra los odios más enconados y los más amargos escarnios.

Y en esa bandera está inscrita una palabra de esperanza y de amor para todos los desheredados, para todos los oprimidos, para todos los hambrientos de la tierra; para las multitudes infinitas y beneméritas sobre las cuales se rige, riendo á carcajadas, una pequeña minoría de satisfechos.

Ah! pero esa bandera no debe ser enarbolada por un trabajador, ni puede un trabajador proclamar esos pensamientos: el derecho de hacerlo le corresponde á los filósofos, á los jefes, á los embaucadores. No tienen los obreros el derecho de emitir á voces y alta la frente sus pensamientos! Se les prohibe profesar públicamente la fe en un porvenir más equitativo y más humano! Como si el trágico y vergonzoso presente fuera la última etapa de la humanidad en su incesante peregrinación hacia la conquista de los ideales! Como si pudiera negarse un solo derecho á esa porción de la humanidad sobre la que pesan todas las obligaciones!

Sí, es un delito, un atroz delito el de ese trabajador que piensa libremente, que habla de igualdad, de justicia, de amor, en una sociedad en la cual el antagonismo de los intereses determina el odio entre los individuos, entre las clases, entre las naciones; el odio inmenso que hace san-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.